

de aire frío, aire de nieve, aulló como lobo hambriento al empujar la puerta vidriera contenida contra el empuje del viento aullador por la mano temblona de un pobre viejo que apareció en la puerta, envuelto en una bufanda hecha jirones, de pardos remiendos, que el viento sacudía.

—¡Buen tiempo para los pobres!—, refunfuñó el viejo.

—Cierre usted pronto, ¡por Dios!—, le gritó Doña Rosa angustiada, pasando del mostrador presurosa y ayudándole á sostener y cerrar la vidriera.

Era tristísimo el aspecto del viejo, viviente ruina humana; miseria, miseria era la única expresión descifrable en su semblante. Imposible percibir en él un rasgo luminoso de bondad atractiva, ni tampoco repulsivo cariz de hombre malvado; los años y las penas habían escrito y borrado mucho en aquel rostro, y años y penas era lo único que podía leerse en él de corrido.

Rosa, disgustada por la obstinación de su hija en levantarse de la cama y bajar á la tienda en mañana tan cruda, estaba de un humor de huracán, como el día, y apenas se encaró con el viejo, levantáronse en ella impulsos despiadados de mortificar, de caer sobre alguna víctima como sobre ella caía la pena de ver morir á su hija sin esperanza. Sería para los demás como Dios era para ella, inexorable. Para salvar á su hija, no queriéndolo Dios, ella nada podía; para atenzar un corazón humano como Dios atenzaba el suyo, podía ella tanto como Dios, y con rabia diabólica:

—¿Qué quiere usted que le dé por esto? preguntó desabrida, como quien no espera contestación.

—Lo que usted quiera, señora—, replicó con humildad el viejo.— Ando de un lado á otro toda la mañana. ¡Si usted supiera!...

Pero Doña Rosa no quiso saber nada. ¡Historias de lástimas! Todos las tenemos.

de aire frío, aire de nieve, aulló como lobo hambriento al empujar la puerta vidriera contenida contra el empuje del viento aullador por la mano temblona de un pobre viejo que apareció en la puerta, envuelto en una bufanda hecha jirones, de pardos remiendos, que el viento sacudía.

—¡Buen tiempo para los pobres!—, refunfuñó el viejo.

—Cierre usted pronto, ¡por Dios!—, le gritó Doña Rosa angustiada, pasando del mostrador presurosa y ayudándole á sostener y cerrar la vidriera.

Era tristísimo el aspecto del viejo, viviente ruina humana; miseria, miseria era la única expresión descifrable en su semblante. Imposible percibir en él un rasgo luminoso de bondad atractiva, ni tampoco repulsivo cariz de hombre malvado; los años y las penas habían escrito y borrado mucho en aquel rostro, y años y penas era lo único que podía leerse en él de corrido.

Rosa, disgustada por la obstinación de su hija en levantarse de la cama y bajar á la tienda en mañana tan cruda, estaba de un humor de huracán, como el día, y apenas se encaró con el viejo, levantáronse en ella impulsos despiadados de mortificar, de caer sobre alguna víctima como sobre ella caía la pena de ver morir á su hija sin esperanza. Sería para los demás como Dios era para ella, inexorable. Para salvar á su hija, no queriéndolo Dios, ella nada podía; para atenzar un corazón humano como Dios atenzaba el suyo, podía ella tanto como Dios, y con rabia diabólica:

—¿Qué quiere usted que le dé por esto? preguntó desabrida, como quien no espera contestación.

—Lo que usted quiera, señora—, replicó con humildad el viejo.— Ando de un lado á otro toda la mañana. ¡Si usted supiera!...

Pero Doña Rosa no quiso saber nada. ¡Historias de lástimas! Todos las tenemos.

A Dios con ellas. Que se hundiera el mundo. Y en vano ponderaba el viejo suplicante las excelencias de la prenda en trato; ¡la necesidad perentoria!... Doña Rosa no le escuchaba siquiera, se ensañaba más á cada palabra de súplica, le volvía la espalda, y sin mirarle le despedía con frases durísimas. Y salió el viejo hablando consigo mismo entre suspiros...

—¿Dónde voy ahora? ¡Válgame Dios!... ¡Qué día!...— Y al salir y cerrarse de golpe la puerta, todavía el viento huracanado, al resoplar con violencia por la tienda, gimió con el último suspiro del viejo miserable.

Y apenas había puesto los pies en la calle, pasó Juana del mostrador, y sin dar tiempo á que su madre la detuviera, abrió la puerta y se asomó ansiosa, decidida á salir, si su madre, ya repuesta, no hubiera acudido á sujetarla.

—¿Adónde vas, muchacha? ¿Qué te ha dado?

—¡El viejo, pobre viejo! Déjame salir, llámale. Que vuelva.

Comprendió Rosa y quedó aterrada; el mismo arranque compasivo suyo. ¡Cuánto tiempo! ¡Cuántas cosas en tanto tiempo! Ella no era la misma, y en cambio su hija, la hija de aquel amor desdichado, sí era ella, ella misma, la de quince años antes, compasiva y amante. Y el viejo aquel... no, no era el padre de Juana, no podía serlo; pero el impulso irresistible que había estremecido el corazón de la niña enferma era, sin duda, misterioso aviso del corazón, revelación del alma en hora suprema.

Y á su vez Rosa con súbito arranque:

—Espera, hija mía, y no cojas frío—, la dijo—, y salió calle abajo presurosa. Juana dió un grito de alegría y quedó impaciente, nerviosa, en espera de su madre.

Media hora larga tardaría en volver descorazonada. Por más que había corrido no pudo dar con el viejo; no sabía cómo había

podido perderse tan pronto. Había preguntado, había mirado en otras tiendas, en la casa de comidas próxima, nada, como si se le hubiera tragado la tierra. No había que pensar más en él. Pero, á pesar suyo, en él pensaba Rosa y también Juana. La madre, dominada por el tenaz pensamiento, luchaba por desecharle; parecía cosa del otro mundo aquello, algo inexplicable y sobrenatural. Tuvo miedo y sintió que la entereza de su espíritu se desmoronaba.

Juana se agravó por la noche, acometida de altísima fiebre con delirio. Presintió Rosa que amanecía un día muy triste para ella, y nunca deseó más que amaneciese, acosada durante la noche de punzantes remordimientos y propósitos de expiación. Al clarear decidióse, por fin, era preciso compensar de algún modo el daño irreparable; el agravarse aquella noche su hija era castigo de Dios, sin duda.

Apenas de día, bajó á la tienda y esperó

ansiosa que llegase alguien, alguien muy pobre y miserable, el viejo mismo, una infeliz mujer, alguna pena que aliviar por grande que fuera. Verían de lo que era capaz su corazón, endurecido á pesar suyo; de nuevo fluían en él raudales de caridad y amor que volverían salud y alegría á su hija, y harían alegrarse á los ángeles del cielo.

A la tarde despejóse Juana de calentura y pareció animada de nuevas fuerzas, y loca de júbilo, radiante de fe, no dudó Rosa en atribuir la mejoría á la virtud de sus obras de caridad.

Breve ilusión; al caer de la tarde quedó Juana adormecida, sin habla, sin sentido, con plácida expresión, caídos los párpados sobre los ojos, como recreada en contemplación interior. Y así murió, sin agonía, sin estremecimiento, sin estertor, muerte inmaterial, como la sonrisa muere en los labios al pasar por la frente un pensamiento triste.

Arreció aquella noche la ventisca; aulla-

ba el viento como manada de lobos hambrientos y Rosa, sentada al pie del ataúd, daba diente con diente estremecida de terror y de frío. De vez en cuando se asomaba por las ventanas entornadas para ver si era posible que al fin amaneciera, después de aquella noche eterna. La calle estrecha estaba obscurísima, y sobre el fondo negro de la noche reflejaban los vidrios empañados de escarcha, las luces temblorosas de los cirios y la forma borrosa del cuerpo, amortajado con hábito blanco y una cruz de marfil entre las manos.



EL PECADO VENIAL